

Las ideas de Giscard

LA proximidad entre Francia y España no es un tópico. Es una realidad física y tangible. Lo que nos separaba últimamente no era una barrera orográfica, fácilmente salvable en este último cuarto de siglo, sino la disparidad de unos sistemas políticos. Visto desde París, incluso desde una derecha tolerante, el parlamentarismo silencioso y aquiescente no hubiera resultado nunca marcado adecuado para hablar en sus cámaras el jefe de un Estado con democracia parlamentaria auténtica.

Un presidente de la República francesa únicamente puede ocupar la tribuna en unas Cortes españolas que no sean monopolio de una sola ideología. Es uno de los lujos de todos los países libre tener la posibilidad de ceder o de que tomen la palabra personas que puedan pensar y opinar de distinto modo, que puedan expresar ideas, sean compartidas, sean discutibles o sean rechazables por unos u otros. Decir esto puede parecer una perogrullada, pero lo cierto es que lo que hemos llamado «lujos» no se dan en todo el mundo, ni mucho menos. El propio señor Giscard lo ha recordado: sólo sucede en un número minoritario de países. Esto es posible hoy en España.

Por otro lado, el señor Giscard d'Estaing, que no ha venido a Madrid a polemizar, probablemente no piensa de muy distinta manera de como pueda hacerlo una gran parte de los españoles; y ha dicho cosas que nos pueden parecer muy razonables y en las que no es difícil ponerse pronto de acuerdo.

Y no es que el presidente Giscard se haya andado por las ramas. El suyo ha sido un análisis muy próximo a la realidad. Ha sido una síntesis aceptada de la forma en que los españoles han conseguido encauzar la evolución política, un ejemplo que puede resultar histórico por la influencia que es susceptible de ejercer en otras zonas del mundo. No ha querido el primer magistrado francés, como es natural, adentrarse en la crítica de los asuntos internos. Hubiera sido una descortesía que es incapaz de cometer este estadista, que bien pudiera personificar la corrección más rigurosa. Pero los fallos que no ha abordado son tan evidentes que no era preciso evocarlos. Están en las mentes igual de españoles que de franceses, porque es por donde pueden quebrarse las democracias más pintadas: el paro, consecuencia de los males económicos, y el terrorismo, consecuencia del siempre detestable empleo de la violencia.

Giscard, se ha concentrado en el terreno que le era dado examinar: el de las relaciones con España y el de la política internacional en general, apuntando ideas muy válidas de cooperación y de acciones concertadas en Iberoamérica y en África.

Con relación a Europa aprovechó una vez más la ocasión que se necesitaba para ser terminante. Es partidario absoluto del ingreso de España en el Mercado Común porque lo cree de interés mutuo para todas las partes, aun a sabiendas de que plantea serios problemas tanto para los españoles como para los europeos comunitarios, empezando por los agricultores franceses. Por eso reconoce que la incorporación de España exige un esfuerzo de adaptación no sólo de nosotros sino del resto de los europeos interesados. Tal realidad no es nada nuevo para los españoles, a quienes les consta que tendrán que adaptarse no sin sacrificio. Lo que hace falta es que la opinión francesa se convenza de que también debe aceptar este necesario replanteamiento. Pero ya es mucho que el propio presidente de Francia lo diga así en voz alta y sin «arrière pensée». El discurso de Giscard en Madrid bien valía una sesión extraordinaria de las Cortes.

Daños irreparables

LOS estibadores del puerto de Barcelona han trabajado con irregularidad, practicando una actitud de rendimientos mínimos, durante cerca de dos meses. Muchos barcos que habitualmente tocaban en Barcelona han desviado sus rutas. El daño causado es enorme.

El puerto ha sido, desde muchos años, un foco conflictivo. La crisis de ahora se acentuó el diez de junio. Un estibador murió en accidente y se desencadenó el conflicto. Desde entonces acá el transtorno ha sido total. Llegó primero el laudo de autoridades, firmado el pasado catorce de este mes, que no fue aceptado por los trabajadores. Ante esta actitud el gobernador civil hizo un requerimiento a empresas y estibadores para que se restableciera la normalidad laboral. Pero esta decisión oficial no llegó hasta el martes 27. En el puerto se trabaja con normalidad desde ayer. ¿No se pudo encontrar antes la solución? Creemos que sí.

Cada día se habla y escribe peor

Enseñanza del lenguaje

DE ello se quejaba hace poco, y respecto del castellano, Gonzalo Torrente Ballester. Decía: «Mis alumnos, que saben mucho de Chomsky, lo ignoran todo del complemento directo, al cual, además (y aun ignorándolo), ya no llaman así. Andan etiborrados de estemas, y vacíos de verbos irregulares. ¿Cuántos son los que han eliminado ya las formas impersonales del verbo "haber", y dicen "han habido muchos goles"...? He temo que Torrente no será el único profesor que profiera éstas o parecidas lamentaciones. El hecho cierto es que «la mera enseñanza del lenguaje» está cayendo en desuso, si es que todavía se aguanta en algún sitio. La venerable «gramática normativa», ante todo, ha sido arrinconada: la sustituyen por otras «gramáticas», «estructurales», generativas» o como se llamen o las quieran llamar, cuya función didáctica —es decir: práctica— no acaba de ser demasiado clara. Los textos escolares son, eso sí, preciosos: con una terminología festuosamente culterana, con gráficos a cada paso, con esquemas algebraicos. Pero la evidencia diaria es que la gente —la gente más o menos letrada— habla y escribe peor.

Ignoro lo que ocurre en otras áreas lingüísticas. Puede que la moda sea general, aunque dudo que con idénticos efectos: los estragos de la novedad, en las aulas de castellano —discentes, han de ser fatalmente mayores. Es mi sospecha, desde luego. Y deajo de lado el caso del catalán. El catalán, tan precario en sus instancias de implantación «normativa» por razones históricas obvias, empieza a ser enseñado a base de explicar lo de los sintagmas y demás sutilezas formales, cuando buena parte de sus literatos insignes aún vacilan ante el régimen del complemento directo. Ello es triste, pero es así. El galimatías resultante se ve venir y, particularmente, la tortura mental de los niños que aprenderán tanta gramática «generativa» como sean capaces, y vegetarán en pleno solecismo permanente y en la mismísima miserable falta de ortografía... El solecismo —es una manera de designarlo— y la falta de ortografía —es una designación explícita— serán el pan de cada día de los muchachos que antes he calificado de castellano —discentes. Quizá sepan algo de Chomsky (no en exceso: Torrente exagera): la hache, la elle (¿o la y?), la jota y la ge, y el empleo higiénico de la coma, sin ir más lejos, ¿qué?

El problema, bien mirado, no acaba en la «gramática» estricta. Las gramáticas tradicionales cedían a otra institución bibliográfica, el diccionario, el valor, el sentido y el matiz de las palabras. Cualquiera lector medianamente resignado advierte, hojeando revistas, dia-

rios, libros, a qué extremo demencial de ignorancia del castellano se ha llegado entre los que llenan tales masas de papel. Y no somos los periféricos quienes más incordiamos: los alófonos, concretamente. Los alófonos —catalanes, vascos, gallegos—, cuando nos vemos forzados a escribir en castellano, procuramos hacerlo con un mínimo de decencia gramatical: con esmero, incluso. Hubo y hay excepciones: el señor Blasco Ibáñez, el señor Baroja, el señor Pla. Pero los «hablistas» más distinguidos del castellano moderno, ¿no son justamente no-castellanos, como Unamuno, Azorín, Valle, y Gabriel Miró, y Cela? Su castellano es de cartón-piedra, pero también lo era y lo es el de don Ricardo León, el de don José Ortega y Gasset, el de don Ramón Pérez de Ayala, el de don Diego San José, el de san José Bergamín, hijastros todos ellos de Pareda... Sólo que, ahora, plumíferos —con bolígrafo u olivetti—, visceralmente carpetovetónica, la última hornada de escritores castellanos se están cargando su idioma. Y lo siento por ellos y, más, por el castellano.

La sintaxis se fue al garete: Torrente lo denunciaba. De la ortografía, para paliar el desastre, se encargan unos bondadosos «correctores de imprenta». En cuanto a la deterioración del vocabulario, el daño es incisivo. Los «escritores», a menudo, no saben lo que significan, codificadamente, las palabras que usan. Y no me meto en el terreno, confuso, de las interferencias del inglés hegemónico y del francés siempre tentador. La lengua es «compañera del imperio», y al castellano, antes imperial, le toca hoy ser colonial. Mi catalán familiar lo ha sido durante siglos, y entiendo que el turno le corresponde finalmente al castellano. La cantidad de anglicismos que se introducen en las lenguas neolatinas, al ritmo de los negocios, de las diversiones y de la ciencia, es fabulosa. Pero, insisto, eso es lo de menos. Lo escandaloso es la olímpica indiferencia con que periodistas, novelistas, televiseros y locutores de radio se enfrentan con el castellano. Su desprecio del idioma me alarma. Me alarma como lector de castellano, y me alarma como simple cliente de «cultura». Hay veces en que uno lee una noticia, un reportaje, un artículo, y saca la conclusión de el autor de la redacción no ha sabido decir lo que quería. Con frecuencia, ateniéndonos a la literalidad del escrito, ha dicho todo lo contrario. En las traducciones, ya es el colmo: no es que el traductor no sepa el idioma de que traduce, sino que sencillamente no sabe expresarse en castellano.

Se equivocará quien crea que estas observaciones proceden de una inclinación «académica» —o «academista»— por mi parte. Lo

que importa, al hablar y al escribir, es «entendernos». La ventaja de las reglas, de las «normas», es que con ellas nos entendemos, poco o mucho, pero nos entendemos: en los trámites maquinales de la compraventa, de la administración, de los tribunales, de las relaciones patronofiliales, de los juegos amorosos, de la química orgánica, de la filosofía, de la burla, de la confección de caminos, canales y puertos. Se trata de «convenciones». Contra las cuales, naturalmente, surge, a ratos, la poesía lírica. La poesía lírica funciona con otro «lenguaje» dentro del mismo «idioma». Y eso también forma parte del tinglado, mal que les pese a los escasos «poetas malditos» que viaquean por el país, en catalán o en castellano. La tentativa del «terrorismo lingüístico» —tipo Biel Mesquida— merece mis máximas admiraciones. Y, hasta cierto punto, comparto su ira originaria. Pero eso es «cuestionar» el idioma entre amigos: un ejercicio elitista, con numerosos precedentes —«nihil novo sub sole»— en lenguas vecinas, como el francés, y sin mayores éxitos. La lengua no es un patrimonio de los poetas, conformistas o inconformistas. Mallarmé lanzó al aire aquello de «les mots de la tribu». No se sabe que eso haya influido nada en la retórica de la correspondencia comercial, ni en los tratados de matemáticas o de física nuclear, ni en la literatura sobre la lucha de clases.

Para volver al principio, me atreveré a postular —sin gran entusiasmo— lo que Torrente Ballester llamaba «enseñanza del lenguaje». Enseñar el lenguaje es enseñar a razonar. A razonar de una manera u otra, pero a razonar. ¿La «lógica»? Una «lógica» que sea despiadada con las connotaciones confusas de los vocablos, connotaciones arcaicas, piadosas, de clase... La supuesta «lógica formal» —que va a usted a saber si es «lógica» y si es «formal»—, con todas las reticencias que sugiere, sería un paso hacia adelante. Pienso en ella como en un «depurativo» de la «gramática» tradicional. La tentativa debería consistir en no embrollar más las cosas. Una sintaxis limpia, una clarificación léxica, un intento de salvación del idioma como «trámite» en esas condiciones, ayudará a «racionalizar» la sociedad. Los brotes neo-paleo-surrealistas hallarán en ese cuadro su justificación... Y en castellano, la alternativa serían los Quintero y los Muñoz Seca y los Arniches de las revistas humorísticas. El señor Pla ya observó, hace mucho tiempo, que los sainetes de los hermanos Álvarez Quintero, traducidos al castellano, no provocan ni una sonrisa...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LA ELECTRIFICACION DE AUTOBUSES

Señor Director: Desde hace tiempo queremos dar a conocer nuestro punto de vista sobre la bancarrota que ocasiona a la ya erosionada caja municipal la tracción con carburante líquido de los autobuses barceloneses, cuando con fecha quince de junio leemos en la propia «La Vanguardia» que existe un proyecto de autobuses eléctricos para Pamplona, ciudad que sería la primera de España en ofrecer a sus ciudadanos tan ventajosa innovación. Esta idea hace tiempo era aceriada por el que suscribe, ya que, si en Barcelona se implantase la tracción eléctrica para sus autobuses, prescindiendo del carburante líquido, a la larga el peso de su economía daría un vuelco espectacular en beneficio de la ciudad de Barcelona, ya que no tendría que depender de las grandes empresas árabes del petróleo, ya que no nos regalan nada, puesto que la electricidad la produce la propia región catalana, gracias a la feliz iniciativa del gran filántropo canadiense Mr. Pearson, que hizo construir el embalse y central eléctrica de Capdeuila, en Lérida, además de otras centrales eléctricas que hay esparcidas por toda la región catalana... ¿Despertarán de su letargo los economistas municipales y técnicos electricistas para electrificar los autobuses y así salvar la depauperada economía de la sufrida ciudad de Barcelona? Pero CORTADA I RODO

COMPUTADORES Y ARANCELES

Señor Director: Como cualquier industria nueva, la electrónica aplicada a la informática va sujeta a continuos perfeccionamientos. En todos los países industriales se producen grandes y pequeños perfeccionamientos e inventos, que van siendo protegidos con patentes. Lo que ha sido nuevo el año pasado, ya ha sido superado hoy. Por otra parte, el potencial industrial de algunas naciones ha permitido la producción de elementos y dispositivos perfeccionados en grandes series y a precios limitados, como son los circuitos integrados, y de máquinas accesorias esenciales en la composición de ordenadores.

Esto ha permitido que en muchos países industrializados surgieran fábricas de computadores grandes y pequeños, que más bien podrían llamarse «ensambladoras», ya que se limitan a adquirir lo mejor que hay en el mercado en dispositi-

vos sueltos o a fabricarlos, bajo licencia, ahorrándose así los enormes gastos de investigación. Sin embargo, en países donde hay que importar los elementos básicos de la electrónica, estos intentos han tenido una vida precaria y efímera, a pesar de las barreras aduaneras.

También en España hace algunos años se montó una de estas fábricas de computadores que acabó por formar parte del INI. No queremos juzgar la importancia ni el éxito de esta fábrica. Únicamente queremos comentar el hecho que en estos días ha sido pedido al Ministerio de Comercio sean elevados los derechos arancelarios sobre la importación de computadores del 4 al 16 %.

Está bien demostrado que una protección arancelaria fuerte en defensa de una industria que depende del extranjero es siempre funesta. Ya hemos tenido una lección durante los años 1940 y 1950 cuando las barreras aduaneras sobre las importaciones de vehículos superaron el 100 %. Los resultados fueron los célebres «Eucort» y «Biscuter».

Actualmente, un aumento tan elevado de aranceles sobre bienes de equipo tan necesarios a nuestras empresas, sería un fuerte gravamen a nuestra economía en el momento más difícil de su recuperación. Por otra parte, si tenemos la pretensión de entrar cuanto antes a formar parte de la CEE, dicha medida no serviría de nada. El único resultado sería de irritar a otros países que podrían tomar medidas iguales contra nuestras exportaciones. J. A.

LA VOZ DE LA IGLESIA

Señor Director: Sencillamente quiero reconocer y manifestarle, señor Director, mi agradecimiento, porque gracias a su diario, podemos enterarnos de las cartas que el cardenal arzobispo de Barcelona dirige semanalmente a sus diócesanos.

En nuestro barrio, como otros muchos (95 por ciento de inmigrantes), leemos poco (cada vez menos) la Hoja Dominical, a través de la cual el cardenal escribe a sus feligreses en catalán... ¿Nos excluye a los castellanos parlantes de su labor pastoral?

La exigencia de una auténtica pastoral (aquello de la Biblia: me hago griego para los griegos...) debería llevar a hacer una publicación bilingüe del Semanario Diocesano, como alguien ha propuesto. Vamos hacia una legítima cooficialidad del idioma y no se puede prescindir del hecho de nuestra situación actual, de la que no somos responsables en absoluto. Nos asiste el derecho a usar nuestra lengua materna.

Derecho perfectamente reconocido en

los comercios para mantener la clientela castellano parlante. La pela es la pela. Aquí no se insiste tanto en que aprendamos el idioma. Lo importante es vender.

Claro, que la iglesia no es un comercio y no importa que se vayan los clientes. Y sus publicaciones tampoco se pueden comparar con la propaganda de los comercios, que respetan perfectamente el bilingüismo.

Le animamos, señor Director, a que siga traduciéndonos las cartas del cardenal, porque aún nuestra fe nos impulsa a buscar la luz de los pastores, aunque sea en su diario.

J. L. G.
Un cristiano andaluz

EL PLEITO DE LAS BIBLIOTECARIAS

Señor Director: Yo, bibliotecaria en activo, estoy por completo de acuerdo con la carta firmada por M. A. R. L. sobre el pleito de las bibliotecarias. Puedo decir más: es la carta que, con puntos y comas, yo hubiera escrito. Desgraciadamente, en estos tiempos de «libertad» no puedo firmar la mía ante el fundadísimo temor de ser excluida, despedazada y devorada.

A. B.

A PROPOSITO DE UN EDITORIAL

Señor Director: A propósito de su editorial del día 25 de los corrientes, publicado bajo el epígrafe «Inmovilistas ultraprenajicos», deseo expresarle que estoy totalmente de acuerdo con el mismo, a excepción precisamente de su última frase.

Creo que por concesión al fácil juego de palabras se incurre en el error de considerar que «antes» si que hubiera estado justificado el proceder de la aludida cadena de TV francesa.

En mi opinión, la visión unilateral y la deformación de una realidad —son sus propias palabras— son impropias ahora y lo serían igualmente referidas a la realidad anterior. De manera que, ni ahora, ni antes... ni nunca.

Fernando GONZALEZ SOLE

DEFENSA DEL CASTELLANO

Señor Director: Es para felicitarle muy efusivamente por la publicación en su periódico del día 21 del corriente, periódico tan dignamente dirigido por usted, del alicionador trabajo «Defensa del castellano», del señor don Angel Gómez Escorial, al cual

también le mando mi más sincera felicitación por su oportunísimo escrito. Sin embargo, en el apartado en que el señor Gómez nos habla de «Despreciar la lengua castellana», debía haber mencionado «una pequeñísima minoría». No, a los catalanes no nos molesta que los castellano-parlantes no hablen el idioma catalán, lo que nos fastidia es que señores muy cultos, de edades comprendidas entre los 20 a los 50 años, y con más de diez años de residencia en Cataluña, nos digan que no lo entienden. Como muy bien dice el señor Gómez, muchos de esos señores lo hacen «como expresión de viejas superioridades. Tampoco es correcto».

Señor Director: ¿No sería posible que la Generalitat, entidades catalanas como Cajas de Ahorro, Bancos, Omnium Cultural, empresas industriales, etcétera, promovieran la reproducción del trabajo del señor Gómez en los principales periódicos de todas las provincias de España? Rafael FERRER i SESERAS

LA FALSA INFORMACION DE SOUTHWORTH

Señor Director: Quiero expresar mi adhesión a la carta del señor Almirall Fusté («La Vanguardia», 24-VI-78), en relación con las aseveraciones gratuitas e injustas del profesor Southworth sobre «la Iglesia y la guerra civil», aparecidas en ese mismo periódico (20-VI-78, página 27). Puedo añadir que yo mismo, al igual que la generalidad de los sacerdotes, firmé, al terminar la contienda, innumerables avales que contribuyeron a salir de los campos de concentración, y algunos de la cárcel, a ex soldados y de algunos hombres que habían pertenecido al Ejército, o se habían distinguido por su actuación, en el bando de los que perdieron la guerra.

Por lo que se refiere a la absurda afirmación del profesor Southworth según el cual «fueron expulsados de la Iglesia los sacerdotes que se habían alineado en el bando republicano», puedo asegurar que ni yo ni ninguno de mis colegas que se encontraban en el mismo caso, fuimos objeto de discriminación alguna por parte de nuestros superiores eclesiásticos, sino que fuimos aceptados sin la más mínima reserva; le diré más: si alguien fue sometido a un cierto examen fueron los que habían luchado en el campo de los vencedores. Esto que digo se refiere a mi diócesis de Vic, pero creo que es completamente válido, por lo menos, para las demás diócesis catalanas.

J. M. PLANAS